



Comentario bibliográfico

Juan Manuel Romero, 1983: *La Primera Derrota del Peronismo* (Buenos Aires: Futurock, 2024).

Nicolás Gambatese

Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

nicogamba97@yahoo.com

Fecha de recepción: 09/08/2025

Fecha de aprobación: 21/08/2025

El autor Juan Manuel Romero es un profesional estelar de la casa de estudios que comprende la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Además de haber sido donde transitó su formación troncal, hoy imparte también desde allí la docencia como miembro de la cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía. Su trayectoria en la investigación, principalmente desde el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, abarca múltiples dimensiones, destacándose en la revisión de la historia cultural de la política Argentina. En esta ocasión, como deriva de ello, es autor de un libro tan abierto en su entendimiento como sagaz en su interpretación y detalle: *1983, La Primera Derrota del Peronismo*.

Romero en su libro trae a colación un relato enriquecedor acerca de una época turbulenta en la historia política de nuestro país, a la vez que realiza un guiño al presente; en sus propias

palabras: “Escribí este libro a finales de 2023 y comienzos de 2024, cuando las discusiones por una crisis del peronismo cobraron nuevamente vigencia” (pp. 13-14). Teniendo tal motivación en cuenta, se torna evidente cómo el objeto central de la obra es el peronismo. Sin embargo, el trabajo va más allá en un esfuerzo por caracterizar a su principal rival político, el radicalismo. Esto lo hace en un contexto de cambio de régimen donde, en su rol como los partidos mayoritarios nacionales, no hacen sino jugar un papel central en la transición a la democracia. La comparación, además, entre los procesos de reestructuración de ambos, resulta sumamente llamativa.

En el transcurso de su trabajo, en iguales partes descriptivo y reflexivo, el autor aborda las distintas estrategias implementadas por los actores políticos inscriptos en cada una de estas corrientes (peronismo y radicalismo). Estas estrategias, en su aventura por renovar los espacios políticos a los que pertenecen, aparecen dotadas también de un grado de interés particular de cada uno de los actores involucrados en tomar las riendas de estos procesos, y, en definitiva, de los partidos en sí.

En esta tarea, Romero realiza una precisa subdivisión del período abordado, que se ve reflejada en la organización de los capítulos. Mientras que el primero de ellos oficia como introducción, el segundo aborda el periodo comprendido por la dictadura e interrupción del juego democrático (1976-1982), el tercero remite al momento en que se abre dicho juego, a partir del que transcurre la campaña política para los comicios presidenciales y los comicios en sí (1982-1983), y el cuarto desarrolla la etapa del gobierno alfonsinista, con el mecanismo democrático en su plena implementación (1983-1989).

El capítulo II del libro se enmarca dentro de una pregunta central: ¿cómo se comporta un partido carismático tras la muerte de su líder? Esta pregunta, a ojos de Romero, alude tanto a la situación del peronismo, con la muerte de Perón en 1974, como para el radicalismo, luego de la muerte de Balbín en 1981 y la de Illia poco después, produciéndose dichas ausencias alrededor del periodo que aborda el capítulo, de 1976 a 1982.

La crisis identitaria que atravesó el peronismo en los años venideros aparece reflejada en el libro a través de clivajes y disputas internas entre corrientes en constante redefinición. Romero

postula la tesis de una caída de la hegemonía del partido que se materializa en las elecciones de 1983, a partir de un conjunto de cuestiones que se desprenden del problema principal: la falta de un liderazgo consolidado y englobante como el de Perón para el conjunto del movimiento. Este justicialismo constituye por excelencia el caso histórico empírico en el que un partido carismático sobrevive a su fundador, hazaña que se le atribuye a las instituciones¹ que continuamente le dieron sustento al movimiento en que se inscribe, como es el caso de los sindicatos, movimientos sociales y gobernaciones. Es ese mismo entramado organizativo el que posibilitó la supervivencia del peronismo.

Para el caso del radicalismo, si bien no puede considerarse un partido carismático al nivel del peronista, el autor sí hace referencia a un grado de orfandad tras a la muerte de Balbín. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido con Perón, el radicalismo se encontraba ya en un periodo de transición dirigencial por fuera del balbinismo desde antes de la muerte de su referente. Como bien lo aborda el relato, la influencia de Balbín se encontraba en deterioro frente a posicionamientos subalternos por dentro del partido que criticaban el comportamiento del radicalismo, con él en cabeza, en el marco de los gobiernos peronista y militar durante la década del setenta. La renovación radical no tardó en acaparar las bases del partido, venciendo en la disputa a los dirigentes tradicionales vinculados a y apoyados por Balbín. Para el momento de la muerte del viejo dirigente, la figura de Alfonsín como representante de la renovación ya se encontraba consolidada.

Compete ahora dar cuenta de la especificidad de las disputas hacia dentro de ambas fuerzas durante el periodo 1976-1989. El desarrollo más interesante de la obra es uno que puede caracterizarse como la genealogía que se presenta hacia dentro de los dos partidos que la protagonizan (PJ y UCR). En cada etapa, Romero da cuenta de la pugna entre las distintas corrientes dentro de ambas fuerzas, las dinámicas y juegos de poder entre las mismas, y, finalmente, cuál resulta vencedora y obtiene para sí la representación mayoritaria de cada partido. Donde más se detiene en este aspecto es para el caso peronista, ocupándose también de la

1 Ana María Mustapic, "Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático, en *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, comps. Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (Rosario: Homo Sapiens, 2002), 137-162.

disputa radical en un segundo plano, que argumenta se resuelve de una manera más fugaz e institucionalizada que la de su rival, marcando una tendencia que se mantuvo durante la campaña venidera.

Para el caso del radicalismo, aquellos quienes se alinearon bajo la doctrina balbinista se verían calificados bajo el rótulo de “ortodoxia radical”. Frente a esta línea nacional y ortodoxa se posicionaba el joven movimiento de “renovación y cambio”, encabezado por Alfonsín. La disidencia entre ambas residía en el cuestionamiento a la pasividad y colaboración del radicalismo, en su calidad de oposición, tanto frente a los gobiernos peronistas de la década del setenta como ante la dictadura militar subsiguiente. Una expresión concisa de ello lo fue la causa Malvinas: mientras que para el balbinismo se trató de una “cuestión de unión nacional”, los renovadores y Alfonsín lo calificaron como una “aventura” de la dictadura que no era sino dañina para el país. A fin de cuentas, Alfonsín vencería en la interna a la dirigencia balbinista gracias a la militancia territorial de la juventud, así como a su nivel de representación a lo largo de las distintas provincias², donde se valieron de alianzas locales para prevalecer por sobre la línea nacional.

Por el lado del peronismo, podemos identificar la disputa a nivel nacional subdividida según los periodos que expone el libro. En las vísperas de la dictadura militar, el peronismo combativo y guerrillero disputaba la tenencia del movimiento a la rama sindical. Para ese momento, el sindicalismo era el actor a partir del cual el peronismo pudo seguir existiendo, en tanto “columna vertebral” de un entramado de organizaciones que se mantuvieron reproduciendo y actuando políticamente durante las distintas malversaciones del juego democrático.

Es por ello que el peronismo más combativo, la guerrilla, concentrada en organizaciones como Montoneros o la FAR, se adjudicaban para sí la pureza ideológica del movimiento, a la vez que se posicionaron frente a los gobiernos autoritarios de manera intransigente y combativa. La crítica de la guerrilla hacia el movimiento sindical fue similar a lo visto en el caso de la UCR: el diálogo, la pasividad, la negociación y colaboración junto con los regímenes militares, a fines de asegurar la propia supervivencia del sindicalismo. Mientras que la rama sindical le reprochó a la

2 Ana Virginia Persello, *Historia del radicalismo* (Buenos Aires: EDHASA, 2007).

guerrilla sus métodos violentos y su extrainstitucionalidad, argumentos que contaban en ese entonces con el aval de Perón.

Finalmente, el ala sindical obrera se impuso por sobre la guerrillera, con Lorenzo Miguel como su principal exponente tras la muerte de Vandor. La figura de Miguel, tras la muerte de Perón y luego de ganar la dirigencia del movimiento a López Rega, supuso para los años venideros una mayor autoridad y prestigio dentro del peronismo: “[Lorenzo Miguel] se había convertido en la figura más gravitante del peronismo” (p. 72).

Frente a la apertura democrática, el peronismo debería definir sus candidaturas con la campaña de 1983 a la vuelta de la esquina. Para ello, se volcaron hacia Miguel, quien sirvió como principal referente para designar a una u otra fórmula dada su autoridad: ¿Cafiero o Luder? El vencedor en la pulseada para obtener su bendición para la candidatura presidencial acabaría siendo el segundo, Luder, dada la actitud pragmática e impredecible para Miguel del renovador Cafiero. Dentro del movimiento también existió una escisión entre “verticalistas”, que reivindicaban la figura de Isabelita, y los “renovadores”, en búsqueda de nuevos referentes, entre quienes se encontraba Cafiero. Mientras esto acontecía, el peronismo se valió del movimiento sindical, gracias a cuya persistencia se mantuvo vivo pese a los tantos contratiempos que lo azotaron.

Tras la derrota en las elecciones y en el marco del gobierno alfonsinista, en el peronismo reinaba la disidencia. Una corriente renovadora protagonizada por Menem y Cafiero le adjudicaron la derrota a la dirigencia sindical “ortodoxa”. El autor habla aquí de una “disputa entre sus componentes de origen obrero y sus cuadros intelectuales universitarios” (p. 109) para referirse al peronismo de ese entonces. El partido, en crisis por la supuestamente inesperada derrota, afrontaba la época de mayor división en su historia democrática hasta entonces. La renovación lograría imponerse en los comicios de 1985 y 1987, definiendo así el perfil del nuevo peronismo para los años venideros, dando cuenta del papel del ala política, concentrado en las administraciones provinciales principalmente —con Menem en La Rioja y Cafiero en Buenos Aires—, y en la supervivencia del movimiento junto con el sindicalismo. El heredero, por su parte, de la rama sindical del peronismo acabaría siendo Ubaldini, quien le resistió durante el gobierno radical de los ochenta las políticas económicas desde la esfera del trabajo organizado.

La rapidez con la que el radicalismo se organizó de cara a la apertura democrática y a la valeda electoral, sumado a la inoperancia e irresoluta disputa dentro del peronismo, se tradujeron en una clara ventaja a la hora de “capitalizar” la oportunidad frente a la campaña y elecciones de 1983. El radicalismo atacó al peronismo a la vez que se apropiaba de sus banderas de lucha y, con ellas, también de su electorado.

Otro de los grandes aciertos de la campaña de Alfonsín fue la de aprovechar la oportunidad que le brindaba una sociedad que rechazaba a un sindicalismo vinculado al peronismo y, a la vez, entendido como cómplice del régimen militar tras haber recibido beneficios exclusivos para su propia supervivencia y reproducción. El dirigente radical hizo rápido uso de un discurso asociativo entre ambas instituciones -sindicatos y fuerzas armadas-, a fines de atraer los apoyos del peronismo ortodoxo hacia el radicalismo que, como expuesto anteriormente, recuperaba y adaptaba banderas propias del peronismo que no estaban siendo invocadas correctamente por los representantes justicialistas. Dicha estrategia de difamación acabaría dando excelentes resultados.

Frente a la ofensiva de un radicalismo renovado que venía a disputarle las calles, el peronismo, por su parte, salió confiado a la contienda. La fe depositada en la épica del movimiento, junto a lo que era, a su entender, el “monopolio” de las calles, aparecen como algunas de las principales causas de la derrota. Lo que acabó jugando en contra del peronismo, sin embargo, habría sido la tradición de “las batallas de los años de la resistencia peronista”, que los había habituado “a un estilo de negociación que se impuso en tiempos de prohibición, parientes de la violencia y de la lucha³” (p. 19). La dirigencia peronista, aferrándose a su trágico pasado, no supo entender los cambios sociales⁴ ni de régimen político, y en su lugar privilegió sus propias ambiciones frente a ello, sin articular propuestas novedosas. Además, las elongadas disputas por

3 Mónica Gordillo, “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en *Nueva Historia Argentina, Tomo IX*, dir. Daniel James (Buenos Aires: Sudamericana, 2003), 329-380; Juan Bozza, “La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de su proscripción 1959-1969”, en *La Nueva Izquierda Argentina 1955-1976*, dir. María Cristina Tortti (Rosario: Prohistoria, 2014), 59-82.

4 Maristella Svampa, *La sociedad excluyente* (Buenos Aires: Taurus, 2005); Victoria Basualdo, “Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina: Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmene Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz”, *Revista Engranajes de la Federación de Trabajadores de la Industria y Afines (FETIA)*, 5 (marzo 2006): 3-27.

las candidaturas entre distintos dirigentes peronistas en distintos niveles hacia dentro de la fuerza no hicieron sino entorpecer y sabotear la campaña peronista porvenir.

En definitiva, Romero aborda la cuestión de la perseverancia en el tiempo de los partidos tradicionales argentinos por medio de su redefinición, tras el trágico evento de la pérdida de sus referentes en un contexto de autoritarismo y de posterior cambio de régimen hacia la apertura democrática. Ello se logra, argumenta el autor, por medio de entramados institucionales u organizativos, que establezcan una línea de continuidad entre cuestiones programáticas de los orígenes y los cambios estructurales a lo largo del tiempo. Para el peronismo, ese rol lo jugaron los sindicatos y las administraciones provinciales; para el radicalismo, se logró a través de su propia organización partidaria, con sus normas y procedimientos bien establecidos.

El aporte más llamativo del libro lo supone el constante paralelismo y referencia hacia el peronismo contemporáneo, guardando las diferencias entre épocas y contextos. La obra no se guarda en ningún momento de hacer un guiño a un peronismo que, a partir de su derrota electoral en 2023, se encuentra atravesado de igual manera por múltiples disputas internas en el marco de una nueva reconstrucción. A lo largo del transcurso del relato aparecen patrones que apuntan al lector hacia las disputas del peronismo contemporáneo, demostrando la actualidad y la invitación al debate al que convocan sus páginas. La derrota atravesada por el peronismo en 1983 no sería la última en el marco de elecciones nacionales, pero se construye como evento que supuso una bisagra en la historia para denotar su mortalidad, hasta entonces irreconocible dada su épica histórica. Ello queda reflejado en la frase con la que finaliza el libro, que supone un acertado cierre para todo lo expuesto en las páginas que lo preceden, y que no hace sino aportar a este mismo debate: “¿Cuántas veces más podía renacer el peronismo en un país que no era ya el suyo para presentar al pueblo del que había surgido su promesa de igualdad?” (p. 124).

El libro de Romero es uno que, en una nota personal, recomiendo convencida y enfáticamente. El abordaje de los partidos políticos y sus identidades a lo largo de la historia cumplen una función central para acercarse a las distintas instancias de imaginario social de la época. El valor de construir historia a partir de ello no puede nunca pasar inadvertido, y, aunque requiera de la caracterización en paralelo de distintos actores extrapartidarios que por supuesto inciden en la vida política, es un fundamental punto de partida para entender cualquier periodo desde la historia política. Trabajos como el de Romero no hacen sino contribuir a ella de manera contundente.